

Sensibilidad ética. El experimento Tuskegee

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía Moral en la Universidad Complutense de Madrid.
tomasdomingo@filos.ucm.es



Ficha técnica

Título: El experimento Tuskegee

Título original: Miss Ever's Boys

Dirección: Joseph Sargent

Guión: Walter Bernstein (Obra: David Feldshuh)

Año: 1997

País: Estados Unidos

Duración: 118 minutos

Música: Charles Bernstein

Fotografía: Donald M. Morgan

Reparto: Alfre Woodard, Thom Gossom, Von Coulter, Laurence Fishburne, Craig Sheffer, Ossie Davis

Género: Drama

La película que presentamos hoy no es reciente. Sin embargo, sí es actual; se trata de un clásico en el encuentro entre bioética y cine. Y como todo clásico, ocurre que siempre tiene algo que decirnos. Todo aquel que se dedique al mundo de la bioética debe conocer los dramáticos hechos que narra esta película. No es una gran película desde un punto de vista estrictamente cinematográfico, pero lo que cuenta es de tal magnitud que diría que se trata de una película de obligado visionado por parte de aquellos interesados en la bioética cinematográfica. Nuestra sensibilidad ética se nutre —se debe nutrir— de relatos como el que aquí presentamos.

El Servicio Público de Salud de los Estados Unidos decidió llevar a cabo una investigación sobre la evolución de la sífilis en la población negra de la ciudad de Tuskegee. Se seleccionaron unos cuatrocientos hombres con sífilis y se estudió cómo evolucionaba la sífilis no tratada; al mismo tiempo, se seleccionó a otro grupo de hombres sanos para establecer correlaciones y comparaciones. El experimento duró desde 1932 hasta 1972. Lo más característico de este experimento es que en muchos momentos de su desarrollo no se ofreció ningún tratamiento a los enfermos (a pesar de ser posible). Fue este tipo de experimentos, probablemente este es el más destacado, el que despertó una determinada sensibilidad ética que se encuentra en el origen de la bioética, sin olvidar nunca el fantasma siempre presente de la experimentación nazi.

La película es muy interesante, no solo porque nos presenta de forma

muy correcta el experimento, tal y como históricamente se desarrolló, sino también porque nos ofrece claves importantes para la reflexión ética. La historia es narrada por Miss Ever, enfermera negra que «colaboró» en el estudio. Es muy interesante esta forma de presentarnos el experimento, pues no se hace simplemente «desde fuera», sino que lo vemos «desde dentro», desde una persona que creía en él, con sus dudas, pero que lo defendió casi hasta el final. Sin hacer un análisis exhaustivo de la película, varios son los problemas éticos que se nos muestran y que pueden ejercitar nuestra sensibilidad ética.

En primer lugar, nos encontramos con la cuestión racial. En varios momentos de la película se dice que este experimento no se habría hecho con blancos; además, también, lo que pretendía el estudio era mostrar si había diferencias fundamentales en la incidencia de la enfermedad con respecto a la población blanca. Parecía que la enfermedad afectaba principalmente a la población afroamericana y se lanzaba la hipótesis de una predisposición genética a este tipo de enfermedades de transmisión sexual. En la película se muestra que, curiosamente, y a pesar de estar diseñado el experimento por blancos, es realizado por un médico y una enfermera negros. No pasan desapercibidos los argumentos que nos ofrecen para explicar su implicación: a) el experimento, más allá de su idoneidad, muestra que las autoridades están haciendo algo e invirtiendo recursos en una población completamente olvidada; b) y quizás perjudique a estos hombres con los que se experimenta, pero a la

larga supondrá un gran beneficio para la mayoría, es decir, una minoría puede sacrificarse por el bien de la mayoría; y c) se intenta, paradójicamente, cuestionar la posición racista que venía a decir que el servicio sanitario de color (médicos y enfermeras) era peor que los blancos; era una ocasión, por tanto, para mostrar cómo un médico y una enfermera podían hacer muy bien su trabajo, tan bien como los blancos.

En segundo lugar, podemos destacar la total falta de información que se les da a los pacientes, a los enfermos-sujetos del experimento. Es curiosa la escena en que se les dice, con términos muy técnicos, la enfermedad que tienen; Miss Ever, la enfermera, comprende que no es bueno no decirles la verdad, y menos todavía en esos términos, y por eso pasa a comunicarles lo que les sucede de una forma muy accesible, ¡pero errónea!, diciéndoles que lo que tienen es «mala sangre». Se niega, por tanto, el derecho a la información y, consecuentemente, cualquier tipo de «consentimiento informado». El consentimiento informado, la autonomía del paciente, la correcta información, etc., serán piezas clave de la experimentación con seres

humanos posteriormente.

Otro problema ético o situación que merece la pena considerar, al hilo de la película, es el relacionado con los motivos que llevan al cuerpo médico a participar en este experimento. Se ve que el proceso de «implicación» es progresivo; no aceptarían participar en un experimento que pretenda dejar morir a las personas, pero poco a poco van dando pequeños pasos que los implican en un experimento del que cada vez es más difícil salir —la vivencia presentada por la enfermera es magnífica al respecto—. También se ven en muchos momentos sometidos al desarrollo del propio sistema; y así afirman que lo que ellos hacen es simplemente «seguir órdenes», «seguir protocolos».

La historia nos ha dado una lección que no podemos dejar de aprender y la enseñanza de que ha de plantearse una sensibilidad ética madura. Cualquier experimento científico, por muy bien diseñado 'técnicamente' que esté, no puede olvidarse del sujeto de experimentación, y mucho menos cuando se trata de «poblaciones vulnerables». La idea de vulnerabilidad

Cualquier experimento científico, por muy bien diseñado 'técnicamente' que esté, no puede olvidarse del sujeto de experimentación, y mucho menos cuando se trata de «poblaciones vulnerables»

no es nueva y ha sido muy estudiada ya por la bioética.

El filósofo Paul Ricœur recordaba que el «corazón de la ética médica» es el pacto de cuidados, es decir, el proyecto de curación que lleva a cabo la persona enferma con ayuda del médico. Pero este «proyecto terapéutico» se encuentra en conflicto con otros dos: un proyecto socio-político, pues aunque la salud se refiera inmediatamente al individuo no deja de desarrollarse en contextos sociales y bajo políticas de salud pública, y un proyecto epistémico, marcado por un deseo científico de aumentar el conocimiento. Plantear adecuadamente la experimentación con seres humanos, el experimento Tuskegee y lo que la película refleja, pasa por analizar el equilibrio, o su falta, de estos tres proyectos: terapéutico, político y epistémico. No se puede perder de vista que el proyecto terapéutico es el más importante y sobre él deben girar, en principio, los otros dos.

Estos y otros muchos problemas aparecen en la película. Si no la han visto, corran a verla; si la han visto, vuelvan a verla. Y comenten, discutan, deliberen, etc., quien saldrá ganando con todo esto es su sensibilidad ética, y con ella la de todos.



Escena de la película